

JUAN CRISTÓBAL CALVETE DE ESTRELLA

La Vacaida

*Introducción, edición crítica, traducción anotada
e índices a cargo de*

Manuel Antonio Díaz Gito

Prólogo de Jesús Paniagua Pérez



INSTITUTO
DE ESTUDIOS
HUMANÍSTICOS



ALCAÑIZ - MADRID

2003

PRÓLOGO

Abordar la redacción de este prólogo ha tenido para mí un especial significado, puesto que mis orígenes familiares me entroncan con el municipio de Izagre (León), lugar de nacimiento y tierra de señorío de don Cristóbal Vaca de Castro, el protagonista del poema *Vaccaeis* de Juan Cristóbal Calvete de Estrella, cuya edición crítica, traducción y estudio introductorio hoy nos presenta el Dr. D. Manuel Antonio Díaz Gito. Por ello, en estos días de estío, he querido rematar mi trabajo en la vieja casa familiar de dicha localidad. Sin embargo, nada queda de los tiempos del que fuera gobernador del Perú. Las edificaciones de adobe y tapial disimulado u otras de ladrillo, rompiendo la tradición de la zona, han sido encaladas hasta el punto de transformar la fisonomía de este pueblo leonés, que se presenta en el espacio como una avanzadilla en tierras castellanas. Nada, pues, nos evoca aquí la figura de Cristóbal Vaca de Castro o su familia, ni siquiera los restos de una iglesia en la que se enterraban sus familiares y que ha sido esquilmada de sus restos artísticos a lo largo de la historia. De lo que debió ser la imagen de Izagre en tiempos de don Cristóbal sólo permanece la visión de los inmensos campos de cereales que nos rodean por doquier, verdadera riqueza de la zona, más en tiempos de nuestro hombre que en la actualidad.

Mi acercamiento a la figura y entorno de don Cristóbal Vaca de Castro data ya de fines de los años ochenta del pasado siglo, cuando junto con la Dra. Viforcós Marinas y por encargo de la Vasco Hullera Leonesa, afrontamos una biografía sobre este polémico personaje, juez elegido para dirimir un conflicto civil en una de las zonas americanas que más riqueza iba a aportar a la Corona. Ya entonces tuvimos que echar mano del trabajo inédito realizado por el Dr. Díaz Gito sobre la *Vaccaeis* de Calvete de Estrella, pues no conocíamos otra traducción de esta obra latina, que hoy se presenta para la comunidad científica, llenando uno de los muchos vacíos existentes en la historiografía americana.

Sobre el poeta e historiador Juan Cristóbal Calvete de Estrella, Díaz Gito nos hace un detallado estudio de su biografía y actividades, mostrándonos cómo responde a un claro ejemplo de las relaciones de verticalidad que se establecieron a menudo en la Edad Moderna entre muchos intelectuales y sus protectores. Queda bien claro que Calvete, desde su ingreso en la corte del

príncipe Felipe como Maestro de Pajes y, poco después, del propio príncipe, se destacó por la continua búsqueda de mecenas; de ahí su interés por agradecer a los prohombres de su tiempo, políticos e intelectuales, hasta el punto de que poco tendría que envidiar a Lope de Vega, quien más tarde se destacaría también por su afición a los encomios y las dedicatorias. Calvete tenía un claro propósito: obtener un puesto de cronista en la Corte, que le asegurara unas ganancias suficientes para mantener un digno nivel de vida en aquella España del siglo XVI y le abriera el campo de las influencias. No es de extrañar, pues, que, desde muy pronto y junto a su seria actividad historiográfica, se lanzase a la elaboración de escritos elogiosos, como ya había hecho en Barcelona, en la corte de Carlos V. Posteriormente, su vinculación y alabanzas al cardenal Espinosa y su entorno no sabemos con precisión qué consecuencias pudieron traerle. Pero no puede ser casual que el hombre de iglesia que había controlado las redes del poder mientras fue presidente del Consejo de Castilla de 1565 a 1572 fuese el destinatario de los *Munuscula ad Didacum Espinosam* de Calvete, precisamente en 1569, coincidiendo con la época en que este prelado se hallaba en la cúspide del poder. La repentina caída en desgracia del cardenal Espinosa y su fallecimiento en 1573 produjeron un cambio en el objetivo de los elogios de Calvete con vistas a su deseo de medrar; así, no dudó muy poco después en dirigir su poesía panegírica en la dirección de otra figura poderosa opuesta tradicionalmente al Cardenal, el Duque de Alba; a petición de la duquesa, Calvete se dedicó a elaborar el *Ad Excellentissimum et Magnanimum Principem Ferdinandum Aluarum Toletum Encomium* (1573). Sus esfuerzos por conseguir un puesto dentro de la crónica oficial acabarían dando sus frutos, pues en 1587 se le nombraba cronista latino de Felipe II. Mas poco iba a disfrutar de aquel pretendido honor nuestro ya achacoso escritor, pues moría muy anciano poco después, en 1593, tras haber bandeado entre los diferentes partidos que conformaban las redes de poder de la monarquía de Felipe II.

En cuanto a la *Vaccaeis* de Calvete de Estrella, como su traductor nos dice, el poema latino tiene un carácter laudatorio sobre una de las figuras más polémicas de las que actuaron en el Perú tras la conquista del imperio Inca: el poema gira en torno de quien fuera gobernador del Perú, don Cristóbal Vaca de Castro, hombre de más que dudosa reputación en sus andanzas americanas. Pero el personaje del licenciado don Cristóbal, por polémico, se hace especialmente sugestivo, ya que en él se concentran casi todas las contradicciones de una época de esplendor de la monarquía española, en la que las riquezas de las Indias sostenían una política internacional de continuos gastos y, por ende, de empobrecimiento paulatino; todo ello al mismo tiempo que los habitantes de la Península aspiraban a un enriquecimiento fácil, cada uno a su nivel, que conducía inexorablemente a una crisis interna que se manifestaría en todo su apogeo durante el siglo XVII. La tentación del oro y la plata de América estaba servida y era difícil sustraerse a ella. La empresa americana, por tanto, suscitó regueros de tinta de hazañas, ilusiones y des-

ilusiones, deseos, pasiones, utopías... no siempre bien conocidos, todavía, por cuestiones que mencionaremos.

Un hombre como Vaca de Castro, del que no se conocían escándalos en su actividad como jurista antes de pasar a las Indias, ni se conocerían después, tampoco pudo sustraerse a la tentación de obtener riquezas fáciles en el Nuevo Mundo, con las que engrandecer su patrimonio familiar e incluso comprar las influencias de personajes relevantes de la Corte, como quedó demostrado en una carta, interceptada en Panamá, destinada a su esposa doña Magdalena de Quiñones. Sin duda, Vaca de Castro es uno de los mejores ejemplos de la tentación que padecieron muchos españoles por el oro de las Indias, como medio de enriquecerse o de influir en sus pretensiones de ascenso social. Y al fin y al cabo, lo que queda probado en la figura de este gobernador es lo que denunciaron algunos humanistas y hombres del barroco de la época, como Pedro de Valencia, quienes consideraban que aquella riqueza fácil, a la postre, no era sino un mal para España.

Se puede contemplar una cierta semejanza entre Calvete, que canta un elogio, no siempre verdadero y muchas veces exagerado, para obtener los beneplácitos de la familia Castro y Quiñones, y su homenajeador don Cristóbal: uno aspira a comprar favores a cambio de sus versos; el otro mediante unos capitales de dudosa procedencia de las Indias. Sin olvidar, como señala el Dr. Díaz Gito, los lazos familiares que unían a ambos hombres y que influyeron para realizar otras obras vinculadas a Vaca de Castro y familia, como el *De rebus Indicis*, igualmente centrada, a pesar de lo que promete su título, en el juez leonés, o el *De versuum genere epitome*, dedicada a su hijo don Pedro.

Las consecuencias de las tentaciones de riqueza y poder de Vaca de Castro en el Perú le llevarían, a su regreso a España, a conocer la vergüenza de un enjuiciamiento y la posterior condena y prisión. Aquello, desde luego, en una familia como la de nuestro hombre, entroncado con la alta nobleza leonesa de los condes de Luna, obligaba, de alguna forma, a limpiar la imagen del implicado. Sin duda, sus familiares, entre ellos su hijo don Pedro de Castro y Quiñones, que buscaba su promoción dentro de la alta burocracia del estado y de su carrera eclesiástica y, especialmente, el heredero Antonio, sintieron la necesidad de recuperar la buena fama del padre, según nos pone de manifiesto Díaz Gito. Por tanto, no se escatimaron esfuerzos para ensalzar al de Izagre, especialmente por parte del mencionado don Pedro de Castro, que llegaría a ocupar las sillas arzobispales de Granada y Sevilla sucesivamente. La recuperación del condenado debió de hacerse de forma casi inmediata a su salida de prisión y no sólo con el quehacer literario de Calvete, sino también, años más tarde, adaptando aquel panegírico a una serie de pinturas que todavía hoy cuelgan de las paredes de la suntuosa Abadía del Sacromonte de Granada, elevada sobre las santas cuevas del monte Valparaíso, donde se hallaron los falsos "libros plúmbeos" y otras reliquias, asunto del que don Pedro fue el patrocinador por excelencia y que

resultó ser uno de los mayores revulsivos de la España en el tránsito de los siglos XVI al XVII.

En cuanto al poema de Calvete, acertada es la suposición del autor de este trabajo de que los dos manuscritos conservados, muy diferentes entre sí (uno en la Biblioteca Nacional de Madrid y otro, reelaborado y más extenso, en dicha Abadía del Sacromonte), del poema sobre Vaca de Castro debieron de ser redactados en la década de los sesenta del siglo XVI, veinte años después del regreso de Vaca de Castro y casi diez desde que fue excarcelado en 1556. Para entonces don Cristóbal ya había sido restituido a sus antiguos cargos burocráticos y no existía, aparentemente, problema en dedicarle una obra laudatoria. Se adelanta así y mucho la datación del segundo manuscrito, el sacromontano, que había sido considerado una reelaboración continuada del poema hasta 1590, pero que, como muy bien demuestra el autor con cumplidas y convincentes razones, no resulta ser mucho más tardío que el anterior y más bien parece ampliado apresuradamente y sin gran *labor limae*.

La razón por la que no se publicó el manuscrito sacromontano hasta el siglo XVIII y en el seno de una exhaustiva biografía del arzobispo don Pedro de Castro puede resultar aún más compleja. Es muy probable que, a pesar de la exculpación pública de don Cristóbal, existiera un trasfondo en todo el asunto de su actividad en el Perú y, desde luego, la verdad de lo acaecido era conocida por todos a pesar de las sentencias exculpatorias. Sin duda, existía un deseo de olvido por parte de las autoridades y, probablemente, del propio monarca, que obligó a mantener las cosas en silencio y a no levantar demasiado polvo sobre el asunto. Por otro lado, a fines del siglo XVI, don Pedro tenía enemigos muy poderosos entre la intelectualidad y los políticos de la época, como el propio Arias Montano. Como decíamos, vinculado a este hijo de don Cristóbal, se había producido el revuelo del hallazgo del Pergamino y las Láminas de Granada, que ya estaba causando demasiados problemas. No era, pues, el momento idóneo para entregar a la imprenta las obras a mayor gloria de don Cristóbal Vaca de Castro.

Pero aunque la *Vaccaeis* de Calvete de Estrella no llegase a publicarse en su época, pocos personajes de aquellos tiempos y, menos aún, relacionados con el Nuevo Mundo, cuentan con una obra de exaltación tan clásica como él. En contraposición a tal clasicismo, unas décadas más tarde, fue cuando su hijo, don Pedro de Castro y Quiñones, abriese de forma definitiva los tiempos del barroco con el mencionado asunto del Pergamino y Láminas de Granada. Pero cuando esto último sucedía en 1588, Calvete ya había escrito su obra y por ello no existen referencias a tan trascendente asunto, ya que cronológicamente el poema sólo llega hasta el momento en que Vaca de Castro se retira a pasar sus últimos días en el convento de San Agustín de Valladolid (1565).

Es cierto, además, como propone el Dr. Díaz Gito en su estudio introductorio, que estamos ante una obra a caballo entre el panegírico y la épica,

aunque predomina la estructura del primero. A pesar de todo, no es menos cierto que abundan los elementos propios de la épica antigua greco-latina, hecha excepción, evidentemente, del metro elegido, el endecasílabo falecio de la lírica latina frente al hexámetro que hubiese sido de esperar, dado el carácter narrativo y laudatorio del poema. De la poesía épica toma Calvete tópicos, motivos, escenas y, también, la frecuente recurrencia a la mitología, como hicieron muchos poetas clásicos; incluso resulta cercano al quehacer épico el planteamiento del contenido como un diálogo entre Urania y Minerva. Corre con el papel fundamental en esta conversación, Urania, musa de la astronomía y la navegación, como si se nos quisiera recordar que el destino glorioso de don Cristóbal estaba escrito en los astros y en su aventura ultramarina. Para la mentalidad de la época, los astros –tema muy propio de muchos escritores del Renacimiento, cuando, universo y mitología, como en la Antigüedad clásica, eran campos complementarios– sometían a su influencia el futuro de los hombres, pues los planetas ejercían su influjo en los elementos y éstos, indefectiblemente, en el hombre. Por otro lado, no hay que olvidar que todo lo americano se hallaba muy vinculado a los aspectos relativos al mar, al tránsito marino. A su vez, navegación y astros formaban un indisoluble conjunto en la mentalidad de la época. Todo esto nos lleva a otros temas propios del Renacimiento. Por un lado, el concepto de la fortuna, respecto a lo cual Calvete parece ignorar algunas de las teorías filosóficas de los siglos XV y XVI, como la de Pico de la Mirándola, que sostenía que no había más fortuna que Dios. Por otro lado, la idea de la preeminencia de la virtud sobre la muerte y la de la permanencia de la fama, a las que el escritor sí alude en varios pasajes, insertando incluso un “himno a la Virtud”, y que, a la postre, no dejan de ser el aliciente que le movió a escribir su obra.

Relacionado con este tema de la fama se halla otro tema muy del gusto de la literatura renacentista, el del poder perpetuador de la poesía: en nuestro caso, el de la poesía panegírica de Calvete, cuyas alabanzas de Vaca de Castro exceden toda previsión. Nuestro poeta no ahorra lisonja, ni duda en comparar al gobernador del Perú, un juez que sólo por causa de las circunstancias se vio enredado en asunto de armas, con los conquistadores más intrépidos, aquellos que como Cortés o Pizarro, entre toda una pléyade, habían descollado por verdaderas y no fabuladas gestas bélicas. Y así, la batalla de Chupas, una más de las batallas en que culminaron los continuos alzamientos civiles en el Perú, se magnifica hasta extremos insospechados. Hay, pues, un intento deliberado de elevar poéticamente a la categoría de héroe a quien, al margen de su actividad defraudadora –que, claro está, su panegirista calla–, sólo se destacó por desarrollar una política más o menos acertada en los territorios de lo que luego sería el virreinato peruano.

En fin, para nuestra satisfacción y la de muchos americanistas, por fin conoce una fiel traducción esa especie de *Eneida* que realizó Calvete de Estrella en pleno siglo XVI, en la que el viajero Eneas de Virgilio se ha con-

vertido en un burócrata castellano, que realiza sus viajes y sus supuestas hazañas por el Perú de las Guerras Civiles entre los Almagro y los Pizarro. La satisfacción que nos produce este trabajo tiene que ver con que, en términos generales, el conjunto de la obra de Calvete de la Estrella es uno de los más desconocidos del humanismo español y, sin embargo, desde la óptica de un americanista e, incluso de quienes se dedican a los estudios de humanismo, podemos decir que resulta un tanto imprescindible. El desconocimiento de la *Vaccaeis* por quienes nos dedicamos a la Historia de América, en buena medida, es producto de la degradación a la que se han visto sometidos los estudios universitarios en las últimas décadas. Estamos, pues, ante la obra de otro de nuestros autores olvidados del siglo XVI en esa especie de *damna-tio memoriae* existente, más por ignorancia que por verdadera intención.

Esta introducción al libro me va a permitir ser reivindicativo de un fenómeno que cada vez debería tener más fuerza en los ámbitos universitarios: el de la interdisciplinariedad. Son muchos los investigadores de la historia que centran sus trabajos en periodos que se extienden desde el mundo antiguo hasta el siglo XVIII y que, inexplicablemente, desconocen las lenguas clásicas. Creo que pertenezco a la última generación de quienes estudiaron latín en la Universidad, después de haberlo aprendido durante cinco años en el bachillerato. Entonces, al final de nuestros estudios, traducíamos sin necesidad del diccionario las obras de César, Salustio o Cicerón y, apoyándonos en él, a Virgilio, Horacio, Tito Livio. Cierto que no era suficiente para abordar con éxito la traducción de muchas obras latinas, pero, al menos, podíamos entender aquello que leíamos. Tras de nosotros la lengua latina se ha ido abandonado en los estudios históricos universitarios —e inexplicablemente también en los filológicos— y eso, a su vez, se ha acusado cada vez más en las investigaciones. ¿Cómo se puede afrontar la historia de la Edad Antigua, de la Edad Media o de la Edad Moderna si se desconoce la lengua en la que se hicieron todos o muchos de los principales escritos y documentos? La respuesta puede ser desalentadora: investigaciones sobre fondos bibliográficos o que citan los párrafos que otros citan, sin la menor capacidad crítica: es decir, redundando en la ignorancia. Ante lo que parece tener una difícil solución, sólo nos quedan dos opciones: o volver a reflexionar, creo que de forma utópica, sobre la necesidad de la reintroducción del latín y del griego en los estudios universitarios de Historia, lo que tampoco sería una solución definitiva; o aceptar la colaboración con los filólogos clásicos, es decir, la interdisciplinariedad a la que me refería, para poder afrontar estudios de cierta seriedad y sin los vacíos que puede provocar la ignorancia. El latín era una lengua viva en el siglo XVI, como nos demuestra Calvete de Estrella, y si bien es cierto que muchos humanistas no la usaban como vehículo normal de sus conversaciones, sí lo hacían en muchos de sus escritos. No se puede prescindir de los latinistas si se quiere tener unos conocimientos lo más amplios posibles sobre los hechos históricos y de todo tipo. En un historiador, prescindir de la lengua de Cicerón es prescindir de las fuentes.

Esta reflexión es una de las más importantes a las que nos conduce la *Vaccaeis* del humanista Juan Cristóbal Calvete de la Estrella, editada y traducida por el Dr. Díaz Gito. Por fin, podemos leer y valorar ese panegírico al que, hasta ahora, sólo tenían acceso quienes eran buenos conocedores de la lengua latina. El vacío se ha llenado y esperamos que se vayan llenando otros, tanto para el ámbito español como para el americano. El trabajo que hoy se nos presenta, por tanto, es una magnífica e imprescindible aportación para el mejor conocimiento histórico de los asuntos americanos del siglo XVI, no sólo porque nos aporte datos precisos, más o menos tergiversados, sino porque es un claro exponente de la mentalidad de una época, en la que la *laudatio* tuvo unos magníficos representantes dentro del humanismo español.

Visto todo lo anterior, sólo nos queda manifestar de nuevo la gran satisfacción que nos produce la edición crítica, traducción y estudio introductorio de la *Vaccaeis* de Calvete, una obra analizada en profundidad tanto en sus aspectos literarios como históricos por el Dr. Manuel Antonio Díaz Gito, al que desde estas líneas queremos animar a seguir trabajando en la obra de Calvete de Estrella o de otros humanistas del siglo XVI, como lo están haciendo también otros investigadores de la Universidad de Cádiz en torno a la figura del Dr. José M.^a Maestre. Con el sano egoísmo de un historiador, aplaudo la dedicación a obras históricas como la presente, a pesar de su carácter poético y laudatorio, para que quienes nos dedicamos a los asuntos de Clío podamos gozar de un material de primera mano que puede quedar en el olvido, si quienes son conocedores en profundidad de las lenguas clásicas no lo ponen a nuestro servicio.

Izagre (León), 6 de agosto de 2003
Jesús Paniagua Pérez
Universidad de León